

**Angel Murias**

**Maurice Blanchot**

16 de mayo de 2018

Hemos hablado ya de *Thomas el oscuro* y de la otra novela sobre la muerte, sobre la segunda muerte, la enfermedad mortal (*L'Arrêt de mort*). Hay muchos otros aspectos de Blanchot que yo hubiera querido tratar, pero no ha habido tiempo este año, porque hemos dejado sólo tres días para hablar sobre Blanchot.

A mí me gustaría poder continuar, si es posible, hablando de las posiciones que tenía Blanchot por ejemplo sobre Rilke, Artaud, Nietzsche, Sade y Lautréamont. Hay una serie de trabajos sobre varios escritores. En realidad para ver lo mismo. Pero yo quería ver hoy los conceptos fundamentales en los que insiste Blanchot.

He traído dos libros de Blanchot de los que voy a leer algún párrafo, sobre todo de *La parte del fuego* y de *El espacio literario*. También iba a traer el *Libro por venir* (*Le Livre à venir*), pero en realidad es insistir en lo mismo.

El concepto clave es el investigar, tanto en Lacan como en Blanchot, sobre las condiciones de posibilidad de lo imposible. Condiciones de posibilidad de lo imposible. Creo que tanto Blanchot como Lacan intentan hacer eso. Y esto nos lleva a una reflexión, sobre todo en Blanchot, sobre la muerte en y por la escritura. La muerte en la escritura y la muerte por la escritura. En Lacan nos llevaría también a la muerte en y por la palabra. En el sentido de cuando él estaba influido por Heidegger (no sé si continuó siempre de algún modo influido por él): la palabra es la muerte de la cosa.

Está lleno de paradojas, tanto el pensamiento de Blanchot como si relacionamos a Blanchot y Lacan. Es muy curiosa la paradoja de que Lacan, el pensador que fundamentalmente habla (en los Seminarios), es decir, pensador de lenguaje oral, sin embargo publica un libro titulado *Escritos*. Y a la inversa: Blanchot, el personaje que fundamentalmente escribe, publica un libro que se titula *Conversación infinita*. Conversación. La conversación supone un tú y un yo que hablan. Uno que escribe y escribe sobre una conversación. Otro que habla y escribe un escrito. Paradojas de dos actitudes diferentes y al mismo tiempo igual que se juntan en eso precisamente.

Para Blanchot, el acto de escribir. Para Lacan, el acto de subjetivación en el proceso analítico. ¿Qué sería el acto de escribir o qué implica el acto de

escribir para Blanchot? Él dice que el acto de escribir implica la desaparición del *je*, la desaparición del yo sujeto. En la escritura del desastre, la desaparición del yo, la borradura del yo (lo dice él), la tachadura del yo sujeto. Es la enunciación del ser que habla y se deja hablar en su pura pasividad de ser. Eso es lo que Blanchot llama la soledad esencial: la enunciación del ser que habla y, por el hecho de hablar, se deja hablar en la pura pasividad de la soledad de ese ser.

El lenguaje, según Blanchot, suprime lo que significa. Aquí voy a leer un párrafo de *La parte del fuego*. Es al final del libro, en un artículo incluido en el libro, que se titula *La literatura y el derecho a la muerte*. Voy a leer varios párrafos sobre este asunto, sobre la borradura del sujeto y que el lenguaje suprime lo que significa. No sólo suprime aquello a lo que se refiere, sino que suprime también a aquel que habla. De tal manera que Blanchot se pregunta en algún momento: ¿Qué importa quién habla? Expresión que luego recoge Foucault. ¿Qué importa quién habla? El sujeto se desvanece en lo que escribe. O el sujeto se desvanece en lo que dice.

En el libro de Foucault que recoge la conferencia inaugural, cuando fue nombrado miembro de la *Collège de France*, que se titulaba *El orden del discurso*, Foucault empieza sugiriendo eso: ¿Qué importa quién habla?

Nos parecería que le gustaría incorporarse a una corriente de hablar y él permanecer en silencio. Porque el sujeto que habla en el fondo se calla. Ya veremos por qué. Voy a leer el párrafo de *La parte del fuego*, concretamente de ese artículo que se publicó en una revista que se llamaba *Crítica*. Este libro incorporó luego ese artículo. El artículo se titula *La literatura y el derecho a la muerte* y está incorporado como último capítulo del libro que se titula *La parte del fuego*. Dice:

*Sin duda, mi lenguaje no mata a nadie. Sin embargo: cuando digo “esta mujer”, la muerte real está anunciada y ya presente en mi lenguaje; mi lenguaje quiere decir que esta persona, que está aquí, ahora, puede ser separada de sí misma, sustraída de su existencia y de su presencia, y sumergida, de pronto, en una nada de existencia y de presencia. (La parte del fuego, Arena libros, 2007, pág. 288)*

Es decir, esta mujer no es esta mujer. Si yo, refiriéndome a una mujer en concreto, digo “esta mujer”, la expresión “esta mujer” no es esa mujer a la que me refiero. La he privado de su existencia. Y de su presencia. Mi lenguaje significa esencialmente la posibilidad de esta destrucción. De ahí, *La escritura del desastre*, otro título de otro de los libros de Blanchot. Continúa:

*Es, en todo momento, una alusión decidida a semejante acontecimiento (la destrucción). Mi lenguaje no mata a nadie. Pero si esa mujer realmente no fuera capaz de morir, si no estuviera en cada momento de su vida amenazada de muerte, ligada y unida a ella por un vínculo de esencia, no podría consumir yo esta negación ideal, este asesinato diferido que es mi lenguaje...*

*...Está claro que en mí el poder de hablar está vinculado también a mi ausencia de ser (está hablando del sujeto y, para emplear un término que utiliza Lacan, de su afánisis en el hablar). Me nombro, es como si pronunciara mi canto fúnebre: me separo de mí, no soy ya ni mi presencia ni mi realidad, sino una presencia objetiva, impersonal, la de mi nombre que me excede, cuya inmovilidad petrificada realiza para mí la función de una losa funeraria pesando sobre el vacío. Cuando hablo, niego la existencia de lo que digo, pero también niego la existencia de quien lo dice: si mi habla revela el ser en su inexistencia, de esa revelación afirma que se realiza a partir de la inexistencia de quien la hace, de su poder alejarse de sí, de ser otro que su ser. Por eso, para que el verdadero lenguaje comience, hace falta que la vida que va a llevar consigo ese lenguaje haya hecho la experiencia de su nada, que haya “temblado en las profundidades y que todo lo que de ella fuera fijo y estable haya vacilado”. El lenguaje no comienza sino con el vacío, ninguna plenitud, ninguna certeza hablan; a quien se expresa le falta algo esencial. (op. cit., pág. 288)*

Ninguna plenitud y ninguna certeza. Una de las cosas de Lacan que están ausentes del saber es, por una parte, el sujeto de la enunciación y, por otra parte, la no garantía del otro. No son objeto de saber ni el uno ni el otro. Ni el sujeto de la enunciación es pasible de saber, de ser sabido, ni la garantía en el otro es accesible al saber. Continúa Blanchot:

*La negación está vinculada al lenguaje... El lenguaje corriente llama gato a un gato, como si el gato vivo y su nombre fueran idénticos, como si el hecho de nombrarlo no consistiera en otra cosa sino en retener de aquél (del gato) su ausencia, lo que no es. Con todo, el lenguaje corriente tiene momentáneamente razón en que si la palabra excluye la existencia de lo que designa, todavía se relaciona con ella por la inexistencia convertida en la esencia de esa cosa (fijada en el nombre). Nombrar el gato es, si se quiere, hacer de él un no-gato, un gato que ha dejado de existir, de ser el gato vivo, pero no es por lo mismo hacer de él un perro, ni tampoco un no-perro. Tal es la primera diferencia entre el lenguaje común y el lenguaje literario. El primero admite que, una vez que ha pasado a la palabra la*

*no- existencia del gato, el propio gato resucita cierta y plenamente como su idea (su ser), y como su sentido: la palabra le restituye, en el plano del ser (la idea), toda la certidumbre que tenía en el plano de la existencia. E incluso esta certidumbre es mucho mayor: como máximo, las cosas pueden transformarse, les ocurre dejar de ser lo que son, permanecen hostiles, inutilizables, inaccesibles; pero el ser de las cosas, su idea, no cambia: la idea es definitiva, segura, se la llama incluso eterna. Así pues, tengamos las palabras sin regresar a las cosas, no las soltemos, no vayamos a creer que están enfermas. Entonces, estaremos tranquilos. El lenguaje común tiene sin duda razón, la tranquilidad vale ese precio.* (op.cit., págs. 288, 289)

Tiene razón en ese caso, el lenguaje común tranquiliza. ¿Por qué tranquiliza? Pues porque permite nombrar y disponer de las cosas. Continúa:

*Pero el lenguaje literario está hecho de inquietud, de contradicciones también. Su posición es poco estable y poco sólida. Por un lado, de una cosa, no se interesa sino por su sentido, por su ausencia, querría alcanzar esta ausencia absolutamente en sí misma y para sí misma, queriendo alcanzar en su conjunto el movimiento indefinido de la comprensión. Por otro, observa que la palabra gato no es solamente la no-existencia del gato, sino la no-existencia convertida en palabra, es decir, en una realidad perfectamente determinada y objetiva. Ve en ello una dificultad e incluso mentira.* (op.cit., pág. 289)

Eso el lenguaje literario. Por eso el lenguaje literario es inquietante, frente al lenguaje cotidiano. Dice un poco más adelante:

*Quien ve a Dios muere. En el habla muere lo que le da vida al habla; el habla es la vida de esa muerte.* (op.cit., pág. 290)

-Xabi Oñativia: para ver a Dios hay que morir, se ve en la Biblia...

-A.M.: La Biblia o la tradición judaica prohíben imaginar a Dios y hacer imágenes de Dios. No hay palabras para referirse a él. “Alá” no sé lo que significa, “Yahveh” tampoco. Desde luego, no es el nombre de Dios. Continúa Maurice Blanchot:

*La literatura enseña que no puede ir más allá de su propio fin: se escabulle, no se traiciona. Sabe que es ese movimiento por el cual sin cesar lo que desaparece aparece (está hablando del lenguaje literario). Cuando nombra, lo que designa se suprime; pero lo que se suprime se*

*mantiene, y la cosa ha encontrado (en el ser que es la palabra) más bien un refugio que una amenaza. Cuando rehúsa nombrar, cuando del nombre hace algo oscuro, insignificante, testigo de una oscuridad primordial, lo que, aquí, ha desaparecido -el sentido del nombre- está indiscutiblemente destruido, pero en su lugar ha surgido la significación en general, el sentido de la insignificancia incrustada en la palabra como expresión de la oscuridad de la existencia. (op.cit., pág. 292)*

Fijaos en la contraposición claridad de la palabra / oscuridad de la existencia. Dice después:

*De modo que, si el sentido preciso de los términos se ha extinguido, ahora se afirma la posibilidad misma de significar, el poder vacío de dar un sentido, extraña luz impersonal. (op.cit., pág. 292)*

Así llama Blanchot -*extraña luz impersonal*- a esa posibilidad de significar. Continúa:

*La literatura ha vencido de hecho sobre el sentido de las palabras, pero lo que ha encontrado en las palabras tomadas fuera de su sentido es el sentido convertido en cosa: es, de este modo, el sentido, desgajado de sus condiciones, separado de sus momentos, errando como poder vacío, con el cual no se puede hacer nada, poder sin poder (“impoder” lo llamaba Artaud), simple impotencia de dejar de ser, pero que, a causa de ello, hace aparecer la determinación propia de la existencia indeterminada y privada de sentido. (op.cit., pág. 293)*

Respecto a la borradura del yo, Blanchot dice (cuando habla de que el lenguaje suprime lo que significa, y suprime también al “je”, al yo sujeto, no al “moi”) que el yo se convierte en una tercera persona. *Se reconoce en un “él” sin figuración identitaria.* El yo. Se pierde el yo, se suprime el yo, y ese yo perdido se reconoce en un él sin significación identitaria. Dice Blanchot:

*La literatura es esa experiencia por la que la conciencia descubre su ser en su impotencia de perder la conciencia en el movimiento en que, desapareciendo (afánisis), arrancándose de la singularidad de un yo (je), se reconstruye, más allá de la inconsciencia, en una espontaneidad impersonal (tercera persona, el “se”), el encarnizamiento de un saber huraño, que no sabe nada, que nadie sabe y que la ignorancia encuentra siempre detrás de sí como su sombra transformada en mirada. (op.cit., pág. 294)*

O sea, el yo que se convierte en él. Hay algún otro texto del otro libro, *El espacio literario*, incluso más claro sobre esta afirmación. Dice en la página 27, hablando del acto de escribir:

*Escribir es participar de la afirmación de la soledad donde amenaza la fascinación. Es entregarse al riesgo de la ausencia de tiempo donde reina el recomienzo eterno. Es (aquí dice literalmente lo que os he dicho antes) pasar del Yo al Él, de modo que lo que me ocurre no le ocurre a nadie (he pasado del Yo (Je) al Él,) es anónimo porque me concierne, se repite con una dispersión infinita. Escribir es disponer el lenguaje bajo la fascinación, y por él, en él, permanecer en contacto con el medio absoluto, allí donde la cosa vuelve a ser imagen, donde la imagen, de alusión a una figura, se convierte en alusión a lo que es sin figura, y de forma dibujada sobre la ausencia, se convierte en la informe presencia de esa ausencia, la apertura opaca y vacía sobre lo que es, cuando ya no hay mundo, cuando todavía no hay mundo.*

*¿Y por qué esto? ¿Por qué escribir tendría algo que ver con esa soledad esencial cuya esencia es que en ella aparece la disimulación? (El espacio literario, ediciones Paidós, 1992, pág. 27)*

Ese concepto de soledad es esencial. ¿Podría tener que ver con el sujeto barrado de Lacan, con el sujeto en falta de Lacan? No lo sé, me lo pregunto y os lo pregunto. Esa soledad esencial del escribir.

Me parece que son textos muy densos y quizá habría que haberlos fotocopiado, para que los pudierais leer al mismo tiempo que los leía yo. Lo he pensado, pero al final no lo he hecho. Quizás son excesivamente densos en la expresión como para poder seguirlos simplemente oyendo.

-Bittori Bravo: me recuerda a la época en que se publicaron, no sé muy bien... Lacan decía la publicación sin firma de autor...el autor desaparecía al escribir...

-A.M.: Foucault decía no importa quien habla..

-Mikel Plazaola:... Lo escrito, lo inscrito en Antígona, la sepultura...el nombre puesto en la piedra da una cierta objetividad , lo escrito fija..La temporalidad desaparece con lo escrito...

-A.M.:El que ha sido escrito por la obra. ¿Qué es lo que queda del sujeto agente? El sujeto agente desaparece en la obra que escribe. Aparte de que habría que entender qué significado tiene para Blanchot la palabra “obra”. “Obra” no significa lo mismo que “libro” para Blanchot. ¿Qué supone la obra para Blanchot? No sólo supone un escritor que ha escrito un libro.

Dice que el escritor tiene el libro, pero no la obra. Para que el libro se convierta en obra, necesita al lector. Sin el lector no hay obra, dice Blanchot. Claro, cuando aparece el lector, el autor ya ha desaparecido. Pero es que el lector también desaparece en la lectura de la obra. Lo que subraya Blanchot es que lo que queda es la potencialidad del lenguaje. La infinita potencialidad del lenguaje queda ahí. Es decir, el escritor desaparece en su libro, el lector desaparece en la lectura, pero la obra supone una voz, la del escritor, y una mirada, la del lector. Sin las dos no hay obra, según Blanchot.

-Intervención: diferencia entre el habla cotidiana y... en el lenguaje escrito el Yo se pasa al Él y que eso se realiza en un momento de fascinación y como a modo de disimulo...si pudieras ampliar la diferencia entre el lenguaje escrito y el lenguaje oral....

-A.M.: El lenguaje oral supone la presencia de un interlocutor. En el lenguaje oral hay directamente un “yo” y un “tú”, y hay una conversación. En lo escrito hay un interlocutor que no es nadie, lo mismo que el escritor tampoco es nadie, porque ¿para quién escribe el escritor? Queda fuera la parte dialogada.

-Xabi Oñativia: Yo lo he entendido de una manera muy sencilla y muy lacaniana, del primer Lacan...la palabra es la muerte de la cosa... en el orden simbólico no está ni el sexo ni la existencia... al final de Lacan con los nudos borromeos... en este caso lo simbólico está suelto y en lo simbólico yo estoy representado, no estoy...apareces desapareciendo...

-A.M.: Cuando yo hablo, digo mucho más de lo que digo. Porque ese lenguaje que está ahí tiene, como dice Blanchot, una potencialidad infinita. Creo que el fundamento del análisis está en esa potencialidad del lenguaje. Si no, ¿dónde estaría?

A propósito del “*Je*”, sobre la marcha se me han ocurrido dos anécdotas. Una de Unamuno, que la cuenta él. En Salamanca, en un pozo que hay en el convento de San Esteban, Unamuno se asomó y se veía gritando: “¡Yo, yo, yo, yo...!”. Unamuno andaba buscando el Yo, no lo encontraba, pero buscaba el Yo apasionadamente.

-Xabi Oñativia: gozó en un pozo

-A.M.:La otra anécdota es sobre quién escribe *El Quijote*. Un profesor dice en clase a un alumno: “¿Quién escribió *El Quijote*?”. El chaval responde: “¡No, no, yo no!”. Mirad la ambigüedad del escribir. El chaval piensa que

han visto que ha pintado o escrito en el libro. Esa es la ambigüedad y la potencialidad del lenguaje.

Luego Blanchot se plantea la cuestión de la muerte y se plantea si yo puedo morir. No sé si se puede conjugar el verbo, si es un verbo defectivo en castellano. “Yo muero”. Desde luego, dice Blanchot, en el acto de morir no puedo decir “Yo muero”. Puedo concebir mi muerte, pero... Veis cómo juega con el lenguaje literario.

-Xabi Oñativia: en euskera, “gogoan zaitugu”. Una de las frases de Lacan, un silogismo: “Todos los hombres son mortales. Sócrates es un hombre, luego Sócrates es mortal.” Con eso lo que ha hecho es inmortalizar a Sócrates. Aunque no le das la existencia, le das el ser...

-A.M.: Blanchot tiene una visión sobre la muerte... Dice que la muerte es imposible, es impensable la propia muerte. Yo no puedo pensar mi muerte. Bueno, puedo anticiparla. Fijaos lo que dice Blanchot sobre la muerte.

-Xabi Oñativia: diferencia entre el escrito y la conversación, Lacan: la palabra y el lenguaje... Las relaciones de lo imposible: lo imposible es lo que no deja de no escribirse, lo real...

-A.M.: En cuanto al título de *La conversación infinita*, comentar que en la obra nunca hay una obra acabada. Si tenéis en cuenta que la obra exige la voz del autor y la mirada del lector, nunca el autor acaba la obra. Es imposible. Cualquier lector que viene lee, pone su mirada, que ya no es la del escritor. O sea, la obra se escapa del control del escritor. Y esto no tiene nada que ver con la SGAE ni con el derecho de propiedad jurídico. Es otra cosa.

-Xabier Oñativia: todas las lenguas son lenguas muertas si no hay alguien que las diga.... Lo simbólico es la muerte de la Cosa...

-Mikel Plazaola: ¿Esto no es un poco tautológico? Se hace una obra...

-A.M.: Primero define lo que es obra para diferenciarla de lo que es un libro. El autor lo que tiene es un libro. Blanchot escribe *El espacio literario*, que es un conjunto de manchas que no significan nada. Significan lo que el autor quiso decir ahí. Pero, para que se convierta en obra, exige la mirada de un lector, de cualquier lector, de los infinitos lectores. Por eso la conversación es infinita, la obra es infinita.

El lector tampoco puede decir: “Yo tengo la clave de esta obra”. Yo aquí tenía una confusión, siempre he interpretado -y estoy equivocado en eso- que un libro, un escrito cualquiera, son manchas negras sobre fondo blanco, que no dicen nada más que a alguien que lo mira y a él le dicen algo. Pero a él le dicen algo... Yo siempre pensaba que era porque el lector va con una mochila al hombro: sus vivencias, su historia, su educación, sus deseos, sus pasiones, sus temores... y todo eso lo vuelca en la lectura. Pero, claro, eso, según Blanchot, es una interpretación psicologista de la lectura. Él lo lleva a otro terreno, a un terreno mucho más ontológico, a la potencialidad infinita de la escritura. Eso no tiene nada que ver con la mochila subjetiva del lector, ni tiene nada que ver con las condiciones históricas de la producción del libro por parte del lector. Ni tiene nada que ver, como dice Blanchot, con ninguna hermenéutica más o menos barata, que trata de interpretar.

No hay una interpretación “marco”. La hermenéutica también sería infinita en ese caso. No habría una pauta, un “yo soy la autoridad que interpreta lo que dijo Blanchot”. O cuando Blanchot habla de Rilke. No es “Soy la autoridad que interpreta a Rilke”. No existe la interpretación-pauta.

-Intervención: en algún momento alguien volverá a escribir *El Quijote*...

Otra vuelta de tuerca al poder de lo literario. A la potencia de lo literario.

-Intervención: más que una vuelta de tuerca, a mí me parece como otra página de la lectura...

-Xabi Oñativia: potencialidad intrínseca en tanto en cuanto, la hipótesis es la muerte de la cosa y, con la infinitud...

-A.M.: ¿Sabes lo único que es inmortal? Lo muerto.

-Xabi Oñativia: lo que no se puede corromper...La dialéctica que todos tenemos en tanto como somos representados y en tanto como existentes...

-A.M.: El problema que ocurre es que no tenemos más que el marco del lenguaje. El sujeto se mueve ahí y, cuando habla, habla ahí. Y habla de algo que no está ahí. O sea, habla de una presencia en ausencia. Y él también está presente en ausencia en el lenguaje.

Nos movemos en este cuadro, lo cual no quiere decir que sólo exista ese cuadro. Eso sí que sería una afirmación metafísica injustificada. El que dice “no existe más que el lenguaje” dice una estupidez, porque el lenguaje lo

habla alguien. Pero el hablar significa meterse en ese cuadro y, por lo tanto, desaparecer ahí.

Es decir, la afánisis del sujeto es la desaparición en el modo en que aparece. Aparece desapareciendo. Y habla de una cosa que también está presente en ausencia. Cuando yo digo “gato”, el gato no está presente más que en ausencia. Aquí no hay ningún gato, pero yo puedo traer el gato a la presencia cuando hablo del gato.

-Xabi Oñativia: el “gato” (la palabra) ha servido para domesticar a los gatos... Mundos que no son absolutamente separados... Final de la obra de Lacan, los registros diferentes: simbólico, imaginario y real...

-A.M.: El último Lacan sigue pensando en lo mismo: cuáles son las condiciones de posibilidad de lo imposible. Porque lo imposible es lo real. Yo creo que la aventura de Lacan es esa: ¿cómo pensar lo imposible? Y la de Blanchot lo mismo. ¿Cómo pensar lo imposible?

-María Jesús Zabalo: si el sujeto tiene que pasar por ese marco...

-A.M.: Puede ser un ente imaginario. Como real está ausente en la presencia. Cualquier cosa es real. Está presente como ausente. Está representado.

-Xabi Oñativia: está presente, lo ausente

-María Jesús Zabalo: ¿y si no hay representación?

-María Jesús Zabalo: Cuando escucho que el *Je* desaparece, lo que me viene a la mente es que desaparece cuando esté en lo real, cuando no haya representación.

-A.M.: Fijaos que lo real es una palabra que emplea Lacan para referirse a lo imposible. O sea, no es una palabra, está aquí (señala la pizarra), es una palabra para representar lo imposible.

-Xabi Oñativia: ¿Y esa desaparición del *Je*? Una de las grandes afirmaciones de Lacan al final de su obra: el inconsciente es un saber sin sujeto. Lévi-Strauss,...

-A.M.: Reflexionar sobre el lenguaje es una cosa apasionante y, al mismo tiempo, realmente inquietante. Los científicos creen que hablan de cosas. Por ejemplo, “neuronas” es una palabra, no es más que una palabra, no es

una cosa. Luego puedes decir que se ve en una resonancia magnética, pero lo que se ve es una imagen. Estamos con la imagen y la palabra.

- Xabi Oñativia: En el seminario 1...está puesta la imagen de un elefante y cuenta la anécdota, el elefante no está aquí pero ha tenido efectos al entrar en el discurso....

-Mikel Plazaola: *El principito*: el elefante más bonito es el que está pintado... Desconexión entre la experiencia que afecta y lo que podemos representar de esa experiencia que afecta...

-A.M.:Hay una frase de Lacan que yo creo que es una crítica casi sarcástica al procedimiento científico. Dice algo así como: “mi prometida siempre llega a la cita porque, si no llega, no es mi prometida.” Esa es la crítica a la ciencia más radical que he oído. Es decir, el científico primero esconde el tesoro debajo de una piedra y luego va y lo encuentra. Y si no lo encuentra es que no era el tesoro que él había puesto ahí.

El procedimiento científico es: mediante hipótesis, experimento para corroborar la hipótesis... y, si no llega a la cita, es que no era mi prometida.

-Xabi Oñativia: para sacar el ratón de la chistera primero hay que meter el ratón en la chistera...

-A.M.: (*Dibuja en la pizarra*) Aquí yo creo que pondría lo de realidad, el concepto de realidad de Lacan (paralelo al de lenguaje), mientras que lo real estaría absolutamente fuera. Luego puede anudarse una parte con eso... y el sujeto puede anudarse también, pero lo real es lo correspondiente a..., es lo pragmático, el “pragma” de los griegos.

-Xabi Oñativia: en un momento decía lo real: lo que no es imaginario ni simbólico...aunque luego con los nudos Borromeos cambia...

-A.M.:A propósito de eso, me acuerdo del cuadro pero no me acuerdo del nombre del pintor. Seguro que alguno de vosotros se acuerda. Ese pintor belga que era comunista y que se dedicó a criticar la manipulación a través de las imágenes y de las palabras. René Magritte. Hay un cuadro muy famoso que comenta Foucault, que se titula *Esto no es una pipa*. El cuadro ese es genial, lo mismo que el cuadro en que pinta una manzana y debajo escribe él mismo: *Esto no es una manzana*.

-Carlos Alonso: ahí hay un problema, porque... estamos en un juego donde no sales del lenguaje... Hay algo fuera que, cuando lo enuncio mediante palabras, lo escondo...

-A.M.: No podemos hablar más que en el lenguaje. Es una obviedad. Cuando hablamos, queremos hablar de otra cosa. El límite en el que se mueve Blanchot es el límite del lenguaje, lo mismo que el límite en el que, creo, se mueve Lacan. Lo mismo que en el que se mueve Wittgenstein, sólo que Wittgenstein dice que de lo que no se puede hablar, mejor es callarse. Pero ya sabéis que lo que está haciendo ahí criticando a todo el *Tractatus* que previamente había escrito.

-María Jesús Zabalo: “de lo que no se puede hablar mejor es callar” es un absurdo...

-A.M.: Os lo voy a decir de otra manera. Hay una traducción de esa frase (que hizo un amigo mío) que es mucho más expresiva, aunque retuerce el lenguaje en castellano: *de lo que el “se” no puede hablar, mejor es que el “se” calle*. El “se” es el lenguaje anónimo, impersonal, propio de la ciencia. Pues bien: de lo que ese “se” no puede hablar, mejor es que ese “se” ni siquiera intente decir nada.

-María Jesús Zabalo: al decirlo así, a mí lo que me suena es lo mismo que condiciones de posibilidad de lo imposible ¿Por qué hay que hacer algo de la posibilidad de lo imposible?...

-Josune Aréjula: me recordaba un poco el libro de Jorge Semprún *La escritura o la vida*, en el sentido de, para preservar la vida, no acceder a lo simbólico porque venía del campo de concentración...

-A.M.: O la posición contraria, la de Amélie Nothomb, que dice que escribe para no morir y escribe sin parar, lleva escritos no sé cuántas novelas, cada año escribe una.

En cuanto a la cuestión de ¿Puedo yo morir?, Blanchot habla de la imposibilidad de morir para el *Je*. Dice:

*Sucede que nosotros morimos, abandonamos justamente no sólo el mundo, sino la muerte (es muy importante asociar esto: la muerte pertenece al mundo). Tal es la paradoja del último instante. La muerte trabaja con nosotros en el mundo, poder que humaniza a la naturaleza, que eleva la existencia al ser. Ella está en nosotros como nuestra parte más humana.*

*No es muerte más que en el mundo. El hombre sólo la conoce porque es hombre, y sólo es hombre porque él es la muerte en devenir.*

*Pero morir es romper el mundo. Es perder al hombre, aniquilar el ser. Es, por tanto, perder también la muerte. Perder lo que en ella, y para mí, hacía de ella la muerte. Mientras vivo, soy un hombre mortal. Pero cuando muero, al cesar de ser un hombre, ceso también de ser mortal. No soy ya capaz de morir. Y la muerte que se anuncia me horroriza porque la veo tal como es, no ya muerte, sino imposibilidad de morir. (El espacio literario, edit. Paidós, 1992. )*

Eso es lo que él plantea sobre la imposibilidad de morir. O sea, la muerte pertenece al mundo, pero morir significa morir del mundo y morir yo con él, y morir la muerte, puesto que la muerte pertenece al mundo. La cuestión aquí sería diferenciar “mortal” y “morir”. Por eso también la paradoja de las esquelas, que hablan de “los restos mortales del difunto”. Esos restos ya no son mortales, son inmortales. Ya que está muerto, no puede morir. El que puede morir es el mortal, el muerto ya no puede morir. Igual tendríamos que decir “los restos inmortales”.

Sobre la cuestión del suicidio, Blanchot plantea que la pretensión del suicida sería adquirir un dominio sobre lo que escapa a todo dominio, es decir, sobre la muerte. Es imposible. ¿Por qué? Lo que es imposible es proyectar la muerte propia. ¿Por qué es imposible? Porque la muerte es la supresión de todo proyecto. Incluso ese, el proyecto de matarme.

Sin embargo, creo que desde el punto de vista de Lacan podríamos hablar de lo que él llama el suicidio melancólico. No sé si he interpretado bien esta cuestión del suicidio melancólico, que creo que está en el Seminario XI, el que vamos a ver. Es decir, la alienación entre el sujeto y el otro. La demanda, el deseo, y la posibilidad de la desaparición como respuesta escapatoria. Eso sería el suicidio melancólico, cuando no hay la función reguladora del fantasma. La función reguladora que nos permite acercarnos al objeto a sin quemarnos en la cosa, sin fundirlos.

A eso, a ese suicidio melancólico nos llevaría el deseo puro. El deseo puro sería ese deseo en el que el sujeto deseante ya no encuentra nada con que identificarse. Entonces se enfrenta directamente a la Cosa. Otra palabra que utiliza Lacan para referirse a la Cosa es el objeto a. Otra vez escribe también “Acosa”, y otras veces se refiere a él como Plus de gozar. Acercarse a ese plus de goce.

Ese deseo puro sería un deseo cuyo objeto no está ligado a la cadena significativa. Entonces nos enfrenta a lo que decíamos de Blanchot el año pasado, creo que fue el último día: o nos enfrenta a la tragedia (tipo *Antígona*) o nos enfrenta a lo que él llamaba “nirvanización”, que es otra forma de morir.

La otra salida, la otra posibilidad sería el fin del análisis. El fin del análisis no puede consistir en llevarnos a la tragedia ni tampoco en llevarnos a la muerte por nirvanización, es decir, por acabar con el deseo. Al contrario, es inventar nuevas identificaciones, creo yo. No sé si sería inventar nuevo significativo amo que nos permita seguir deseando, puesto que si para Lacan el deseo es el deseo del Otro, si no hay un otro tampoco tendría yo el deseo. De tal manera que tendré que inventar un Otro con el que identificarme para poder seguir deseando, siempre sabiendo que esos deseos nunca plenifican el deseo, porque el deseo es inmortal, en la medida en que se refiere a ese plus de goce, a ese objeto a, a la Cosa.

Lo que pasa es que, en lugar de eso, existe el objeto que Lacan llama metonímico, ¿no? Lo que se separa. Cuando ya no hay objeto a ni metonímico, ¿qué hacer con el deseo? ¿Abalanzarse en el suicidio, tragedia tipo *Antígona*? ¿Tratar de destruir en sí mismo el deseo? Nirvanización, que le llamaba Artaud. ¿O encontrar, no sé si decir inventar, nuevas identificaciones? Si el final del análisis consiste en haber suprimido o haber superado todas las identificaciones y haber atravesado el fantasma, entonces te enfrentas directamente con la Cosa. ¿El fin del análisis te llevaría a eso o te llevaría a buscar...?

Para hablar en los términos que Lacan emplea : la identificación imaginaria, la identificación simbólica y la identificación con el deseo, que sería la última identificación. Identificarse con el deseo significa asumir el deseo. Pero no asumir el deseo de manera que me lleve a la muerte, sino asumir mi ser deseante.

-Xabi Oñativia: Ese deseante no es deseo del Otro. Es mío.

-A.M.: ¿Lo tengo que inventar?

-Xabi Oñativia: las identificaciones son simbólicas pero también imaginarias...

-Conversación: .....Hay algo más que la realidad, la caída del señuelo, caída del sujeto supuesto saber al final del análisis.....

-A.M.: Estas pretensiones de que el “se” hable de lo que no puede son a veces graciosas. Por ejemplo, no sé si os acordáis de Yuri Gagarin, el cosmonauta, que iba en el satélite. Cuando volvió dijo: “No he visto a Dios por ahí”. O cuando estaban analizando la sábana santa de Turín y dijeron que si encontraban genes de paloma sería porque era Jesucristo. Eso podría ser otra extralimitación del “se”.

En *El espacio literario* Blanchot dice:

*Si se quiere considerar más seriamente a qué invitan tales afirmaciones, tal vez haya que buscar dónde se originan. El escritor escribe un libro, pero el libro todavía no es la obra; la obra sólo es obra cuando, gracias a ella, la palabra ser se pronuncia en la violencia de un comienzo que le es propio; acontecimiento que se realiza cuando la obra es la intimidad de alguien que la escribe y alguien que la lee. Entonces podemos preguntarnos: ¿Si la soledad, es el riesgo del escritor, no expresaría que éste está vuelto, orientado hacia la violencia abierta de la obra, de la que sólo advierte el sustituto, la aproximación, la ilusión bajo la forma del libro? El escritor pertenece a la obra, pero a él sólo le pertenece un libro, un mudo montón de palabras estériles, lo más insignificante del mundo. El escritor que siente ese vacío cree que la obra sólo está inconclusa, y cree que un poco más de trabajo y la suerte de momentos favorables le permitirán, a él solo, terminarla. Por lo tanto, se entrega al trabajo. Pero lo que quiere terminar solo, sigue siendo interminable y lo asocia a un trabajo ilusorio. Al final la obra lo ignora y vuelve a cerrarse sobre su ausencia en la afirmación impersonal, anónima, de que es, y nada más. Esto se traduce señalando que el artista, que sólo termina su obra en el momento de morir, nunca llega a conocerla. Observación que, tal vez, haya que invertir, porque ¿el escritor no estaría muerto desde el momento en que la obra existe, como a veces se lo hace sentir la impresión de una inacción extraña? (op.cit., págs. 16, 17)*

Aquí han traducido “inacción” el término francés “desobrement”, que literalmente significa “desobra”. “Des-obra”, lo contrario de la obra. Ese término en realidad lo toma Blanchot de Jean-Luc Nancy.

-Josefina Garcia de Eulate : un autor escribe un libro y la obra trasciende... Charles Chaplin se presentó a un casting para hacer de Charlot y lo eligieron en quinto lugar... El autor hace de Charlot, pero, una vez hecho, ya ha desaparecido como sujeto...

-A.M.: Dice Blanchot que al autor sólo le pertenece un libro. Un mudo montón de palabras estériles, lo más insignificante del mundo. Eso es lo que obtiene el escritor: un libro. Para que se convierta en obra, necesita al otro.

Por eso la obra es interminable y además se sale de las manos, se sale del control del escritor. Por eso hay múltiples interpretaciones. Pero incluso la obra de Lacan. Lacan está muerto. No sólo muerto porque fue un escritor que escribió unos libros y dictó unos seminarios. Cuando lo hacía también desaparecía en lo que decía. Ahora ya está muerto, ha dejado de ser mortal. Lo que queda es la obra, sus libros, sus seminarios recogidos en forma escrita por Miller... y los que prestamos la mirada y lo leemos y convertimos ese escrito en obra. Y como lo convertimos en obra, podemos ir incluso más allá de la hipotética intención de Lacan al escribirlos. Es decir, la obra está abierta a la creación continua.

-Intervención: Lacan no deja de ser una imagen... Kant...

-A.M.:El planteamiento de Kant a mí me parece insuperable desde el punto de vista conceptual. Insuperable. A lo que accedemos es al fenómeno. Pero precisamente Kant dice: porque hay fenómenos nos vemos obligados a pensar el “noumenon”. La palabra “noumenon” significa “pensado”, no significa “conocido”. Puesto que hay fenómeno, puesto que hay lo condicionado, me veo forzado a pensar lo sin condiciones, aunque no lo puedo conocer más que condicionado.

-Mikel Plazaola: no hay obra sin libro...

-A.M.: Continuamente estamos interpretando lo que dijo Lacan. Yo creo que ahí no sé si hay algo de divinizar el escrito, el libro. Lo digo humildemente. Creo que todos vosotros tenéis experiencia clínica de manera que vuestra mirada debiera ser la mirada clínica que lee la obra de Lacan con vuestros ojos, y no pretende leerlo con los ojos de Lacan. Porque eso es imposible.

Es decir, la voz de Lacan ha desaparecido. Lo que tenéis es vuestra mirada, y vuestra mirada es clínica. ¿Por qué no tomar en serio vuestra experiencia clínica para tratar de entenderla utilizando las palabras que Lacan ha dejado escritas en esos libros? A lo mejor de esa manera el pensamiento de Lacan seguiría vivo sin Lacan. Sería lo mismo que hizo Lacan con Freud. Lacan no divinizó a Freud, no lo petrificó y se dedicó, como decía Foucault, a quitarle el polvo, sino que lo leyó. Lo leyó él. Quizá con Lacan habría que hacer lo mismo.

¿Desde qué punto de vista leemos a Lacan? ¿Desde el punto de vista exegético (como se leería la Biblia) o desde el punto de vista de la experiencia clínica que cada uno de vosotros tenéis?

-Mikel Plazaola: la experiencia clínica es la que te contrasta con lo que lees...

-A.M.: Siempre existe el peligro de tomar los conceptos, las palabras de Lacan, como el lecho de Procusto. Si encuentras a alguien por ahí, lo tiras a la cama. Si es más largo que la cama, le cortas las piernas, para que quepa ahí. Si es más corto, lo estiras hasta romperlo para que quepa dentro del concepto. Ese peligro no sólo es el peligro nuestro, sino, creo, el de cualquiera. De todo pensamiento y de todo científico. La ciencia pretende meter en su caja de zapatos lo que aparece ahí. Y sólo rompe la caja de zapatos cuando, por casualidad, descubre una incoherencia interna (caso de los matemáticos) o bien cuando hay un acontecimiento que no cabe de ninguna manera en la caja y la rompe.

-Mikel Plazaola: ¿Cómo hace el que lea la obra, o la teoría, con lo que no puede explicar?... ¿Freud por qué es admirado, entre otras cosas? Porque era capaz de tumbar toda su teoría cuando lo empírico le demostraba que se había equivocado... Aceptar el no todo.

-A.M.: Es una cosa llamativa el que Lacan destaque en Freud la pulsión de muerte. Es muy llamativa, porque los otros psicoanalistas de obediencia Freudiana le quitan importancia a eso o lo integran de otra manera. Sin embargo, a mí me parece que Lacan le da una importancia extrema a la pulsión de muerte de Freud.

-Bittori Bravo: ¿A qué llamas tú la experiencia clínica? La experiencia clínica empieza por uno mismo. ¿Qué es lo que puedes saber de tu relación con otro?...

-A.M.:La cuestión sería tomar los conceptos, o los registros, como dogmas o tomarlos como guías. Creo que la posición es muy diferente.

-Bittori Bravo: ni lo uno ni lo otro...

-A.M.:Te guías con esos conceptos y, en la medida en que son guías, tú vas modificándolos en la medida en que vas moviéndote. Pero si los tomas como dogmas, entonces quieres meter todo en ese saco ¿Y lo que no cabe? Prescindes de ello.

-Carlos Alonso: una curiosidad: ¿qué hacéis con lo que no entra ahí?...

-Xabi Oñativia: para ser analista primero tienes que analizarte... / Pulsión de muerte...

-A.M. Fijaos en la mirada diferente de Lacan y la mirada de otra gente. Otra gente atribuye los últimos escritos de Freud a circunstancias históricas (Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, periodo de entreguerras...), otros lo atribuyen a factores psicológicos (cáncer de mandíbula, dolor, cocaína...). Lacan lo afronta conceptualmente, es decir, afronta la literalidad del texto literario de Freud, del escrito de Freud. Es un punto de vista radicalmente diferente. Ni psicologista ni historicista.

-Xabi Oñativia: varias herramientas. Al principio, el estadio del espejo... Lacanianos superados por esa especie de alienación al discurso de Lacan...

-A.M.:Parafraseando a alguien que decía que Marx no era marxista, se podría decir que Lacan no era lacaniano.

-Xabi Oñativia: en el último seminario: “vosotros, si queréis, sed lacanianos. Yo soy freudiano”

-María Jesús Zabalo: en la clínica no te sirve ni ser freudiano, ni ser lacaniano... La clínica precisamente te enfrenta constantemente a algo que es nuevo, te tienes que posicionar...

-Bittori Bravo: es muy distinto si te posicionas como psicoanalista o si te posicionas como psicólogo o psiquiatra...

-A.M.: Desde el punto de vista de la teoría, ahora se me ocurre una cita de Lenin, aplicada a la política, que seguramente se puede aplicar aquí. Decía Lenin: no hay nada más práctico que una buena teoría. Lo que pasa es que no hay nada más práctico. Sin una buena teoría, no puedes acercarte a nada. Pero sin una buena práctica, la teoría la conviertes en dogma. O, en términos de Marx, en ideología, en falsa conciencia.

Os he oído decir aquí a alguno de vosotros que Freud decía que, en cada caso, tienes que olvidarte de todo lo que sabes. Si no lo olvidas, metes en el lecho de Procusto a ese analizante que llega allí.